

## MANUAL DE URBANIDAD

cuando ser catalán era en Madrid garantía de cordial acogida, fuese uno escritor o editor, artista o filósofo, sexólogo o cura progre; cuando, en fin, Madrid era la capital del autonomismo que había que instaurar y una ciudad, de hecho más catalanista que la mismísima Barcelona a juzgar por lo que se oía decir en la Villa y Corte.

Muy lejos quedan ya los tiempos del consenso constitucional o aquellos otros en que Suárez, corrigiendo la política de su predecesor el Cid Campeador cuando le dio una bofetada a Ramón Berenguer, pactaba con los nuevos condes catalanes y la gente decía, admirada, qué maravilla, qué sensatez, qué moderación, qué bien están llevando los catalanes su autonomía. Incluso en los últimos tiempos de la primavera democrática, la política catalana resultaba primada por la comparación con el caso vasco.

Lo notable es que toda esta mutación de los catalanes de buenos en malos sucedió en el término de unos pocos días. La noche del tejerazo, todavía, el honorable Pujol se ganó el unánime elogio con su célebre transmisión radiofónica y televisiva del «tranquilo, Jordi, tranquilo». ¿Qué pasó entretanto?

Yo no creo que el famoso Manifiesto de los 2.300 intelectuales castellanoparlantes en Cataluña fuese el único ni siquiera el principal desencadenante de la nueva imagen de fealdad de una Cataluña hasta entonces bellísima. Cuando se dice con razón que el Manifiesto fue inoportuno, se quiere decir que se difundió en un momento en que se había ya iniciado el frenazo autonómico y se había preparado el vuelco de la imagen catalana. Coincidió en el tiempo y sus firmantes de buena fe deberán reconocer que vino a hacer el caldo gordo a una operación más profunda que tiene sus raíces en el frustrado golpe y en el autogolpe que la democracia española se dio a sí misma a continuación.

El Manifiesto quedará como ejemplo de cómo con una serie de verdades parciales se puede hacer un documento falso en sus conclusiones y capaz de engañar a la opinión, no catalana con una versión simplista de la política lingüística que se ha venido haciendo en Cataluña. La visión de Amando de Miguel teniendo que emigrar a los Estados Unidos, el pobre, porque se siente «chicano» en Cataluña muestra al célebre sociólogo

como un hombre que no entiende ni quiere entender lo que pasa. Olvida que el presidente Reagan ha dictado normas que limitarán gravemente la posibilidad de una educación bilingüe de los hispanoparlantes en USA. Y olvida o quiere olvidar también, que apareciendo como primer firmante está contribuyendo a lo mismo en Cataluña, no en detrimento del castellano sino del catalán.

Decir que en Cataluña el castellano está discriminado es hacer un chiste malo que justamente ha sido calificado de humor negro. Apenas es necesario dar datos y recordar, por ejemplo, que ninguna de las grandes editoriales establecidas en Cataluña edita prácticamente en lengua catalana; que sólo hay un par de periódicos deficitarios en catalán; que la televisión en catalán dispone apenas de dos horas de programación; que ninguna emisora de radio transmite completamente en catalán; que las películas se dan casi siempre en castellano; o que solamente el diez por ciento de los niños catalanes terminan sus estudios de EGB con un conocimiento satisfactorio de las dos lenguas, mientras que el ciento por ciento salen conociendo el castellano.

El Manifiesto constituye un claro abuso de los términos al intentar convertir en categoría lo que es solamente una colección de anécdotas verdaderas. Es cierto que ha habido algunas tomas de postura individuales dictadas por el dogmatismo o incluso por la estupidez en la puesta en práctica del programa de bilingüismo. Debían haber sido y deben ser denunciadas ante las autoridades competentes. Pero quitando estos corregibles abusos, lo que se está haciendo en Cataluña en materia lingüística está rigurosamente de acuerdo con la Constitución y con el Estatuto.

Los firmantes del Manifiesto no son discípulos de Tejero que quieran acabar con la autonomía y que consideren a Cataluña, como el teniente coronel en su reciente artículo de «ABC», «una tierra de bandidos». Son gente progresista que probablemente votaron la Constitución y el Estatuto y que, ahora, al ver cómo estas leyes se aplicaban, se vuelven atrás en su progresismo, abrazan acaso sin saberlo la causa de la reacción y contribuyen decisivamente a deformar la imagen y el papel de Cataluña, que si no fueron tan buenos tampoco son tan malos como hoy se dice, en la democracia española. ■

